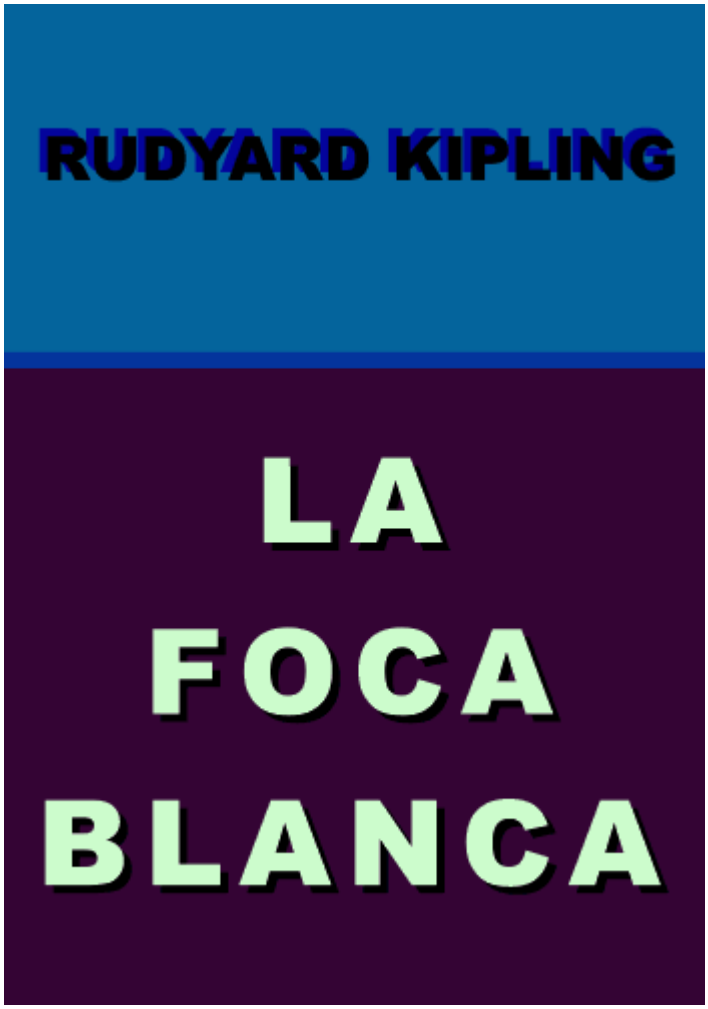
LA FOCA BLANCA

RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

¡Duérmete, mi niño! La noche ha llegado,
y negra es el agua que verde brillaba:
la luna, al alzarse por entre las olas,
nos mira en su seno dormir recostadas.

Donde chocan unas con otras, revueltas,
pon allí tu lecho, ve y allí descansa,
revuélcate a gusto, la cola torciendo:
no ha de despertarte la tormenta airada;

no hará en ti su presa tiburón osado;
¡duérmete, mi niño!, ¡duérmete en el agua!
¡duérmete al arrullo del mar que te mece!
¡duérmete en los brazos de las olas mansas!

Canción con que arrullan las focas a sus pequeñuelas.

Cuanto voy a referir ocurrió, muchos años hace, en un lugar llamado Novastoshnah, o cabo del Noroeste, en la isla de San Pablo, allá por el mar de Behring. Contóme este cuento Limmershin, el reyezuelo de invierno, en ocasión en que el viento lo arrojó contra la arboladura de un barco que iba al Japón, y en el que yo me lo llevé a mi camarote, calentándolo y alimentándolo durante un par de días, hasta que se halló en disposición de tender el vuelo y regresar a San Pablo. Limmershin es un pajarillo de genio bastante raro; pero tiene la cualidad de no saber mentir.

Nadie va a Novastoshnah como no sea para negocios, y las únicas que los tienen allí constantes son las focas. Acuden en los meses de verano por centenares y por miles, saliendo del mar frío y gris, pues saben que la playa de Novastoshnah posee, para hospedar focas, mejores cualidades que ningún otro sitio del mundo.

Gancho de Mar estaba enterado de esto, y cada primavera, desde el punto en que se hallara, se iba nadando hasta Novastoshnah, en línea recta, como si fuera un torpedero, y allí pasaba un mes luchando con sus colegas por conservar un buen sitio en las rocas, lo más cerca del mar que le fuera posible. Gancho de Mar tenía quince años y era una enorme foca macho, de color gris, con una piel sobre los hombros que parecía crin, y unos dientes caninos largos, amenazadores. Cuando se levantaba sobre sus extremidades anteriores, elevábase a más de un metro de altura sobre el suelo, y si alguien se hubiera atrevido a pesarlo habría hallado que su peso era casi de unas setecientas libras. Estaba lleno de cicatrices, consecuencia de salvajes luchas; pero, a pesar de esto, mostrábase siempre dispuesto a aceptar nuevas peleas. Ladeaba en tales casos la cabeza como si no se atreviera a mirar a su enemiga cara a cara; pero de pronto caía sobre ella como un rayo, y cuando sus enormes dientes se habían clavado fuertemente en el cuello de la otra foca, podía ésta escapársele si lo lograba, pero no sería ciertamente Gancho de mar quien la ayudara a ello.

Sin embargo, lo que nunca hizo fue atacar a una foca herida ya por otras, porque esto era contrario a las reglas de la Playa. No necesitaba más que un sitio para su prole, junto al mar; pero como ocurría que cuarenta o cincuenta mil focas más luchaban por lo mismo cada primavera, el silbar, bramar, rugir y resoplar que se oían en aquella playa era algo verdaderamente horroroso.

Desde una colina, llamada de Hutchinson, divisábase una extensión de tierra de cerca de una legua, completamente cubierta de focas que peleaban unas con otras, y, a la hora de la

resaca, la playa quedaba toda salpicada de puntos que eran las cabezas de otras muchas focas que se apresuraban a ir a tierra para unirse a las que combatían. Luchaban sobre las rompientes, luchaban en la arena y hasta sobre las desgastadas rocas de basalto donde tenían sus viveros: eran tan estúpidas y tan poco complacientes como si fueran hombres. Las hembras, sus esposas, nunca iban a la isla hasta fines de mayo o primeros de junio, porque les hacía poca gracia la perspectiva de que las hicieran pedazos en aquellas batallas; y en cuanto a los pequeñuelos de dos, tres o cuatro años, que no sabían aún lo que era sostener una familia, se iban tierra adentro, a alguna distancia, atravesando las filas de combatientes, para ponerse a jugar sobre las dunas en grupos o formando verdaderas legiones que destruían cuanta planta verde crecía por allí.

Llamábanlos los *holluschickie* (la gente moza) y de ellos había, en Novastoshnah sólo, quizá doscientos o trescientos mil.

Un día de primavera, acababa Gancho de Mar de poner término a su pelea número cuarenta y cinco, cuando Matkah, su dulce y suave esposa de lánguida mirada, salió del mar, y en el mismo instante cogióla él por el pescuezo y la plantó en el espacio de terreno que se había reservado, mientras le decía refunfuñando:

-¡Tarde, como de costumbre! ¿Dónde has estado? No solía Gancho de Mar comer nada en los cuatro meses que pasaba en la playa, y así estaba, generalmente, de muy mal humor. Matkah no contestó a la pregunta: sabía que esto era lo mejor que podía hacer. Tendió la mirada en torno suyo, y dijo muy tierna y suavemente: -¡Qué atención has tenido conmigo! Has tomado nuestro sitio de otras veces...

-¡Pues ya lo creo que sí! -contestó Gancho de Mar-. ¡Mírame!

Estaba lleno de arañazos y la sangre le corría de veinte heridas distintas; tenía un ojo hundido y ambos costados hechos una lástima, con la piel colgando a pedazos.

-¡Ah! ¡Lo que sois los hombres! -dijo Matkah abanicándose con la aleta de una de sus extremidades posteriores-. Pero ¿por qué no podéis ser razonables y repartiros los sitos en paz? ¡Cómo estás! ¡Parece que te hubieras peleado con el Cetáceo Carnicero!

-No he hecho otra cosa más que pelear, desde mediados de mayo. La playa está tan llena esta temporada que es una vergüenza. Lo menos he tropezado con cien focas de la playa de Lukannon que iban buscando alojamiento. ¿Por qué no podría quedarse la gente en su propia casa?

-No pocas veces se me ha ocurrido la idea de que viviríamos mucho más felices en la isla de Otter que en un lugar tan concurrido como éste --dijo Matkah.

-¡Bah! Los *holluschickies* son los únicos que van a la isla de Otter. Si fuéramos nosotros, dirían que lo hacemos por miedo. Hay que guardar las apariencias, hija mía.

Hundió Gancho de Mar la orgullosa cabeza entre los gruesos hombros, y durante algunos minutos hizo como que dormía; pero no dejó ni un momento de estar ojo avizor para el caso de que tuviera que comenzar otra lucha. Ahora que todas las focas machos, con sus respectivas hembras, estaban ya en tierra, su clamoreo podía oírse en algunas leguas mar adentro, dominando el ruido de los más furiosos vendavales. Contando por lo bajo, bien podía decirse que había allí, sobre la playa, más de un millón de focas (focas viejas, focas madres, pequeñuelos y *holluschickie*, peléandose, retozando, dando balidos, arrastrándose y jugando), y ese millón iba y volvía del mar a la playa y de la playa al mar en grupos, y a veces, formando verdaderos ejércitos, sin dejar ni un palmo de tierra donde no fueran a echarse en toda la extensión que podía abarcar la vista y entreteniéndose en continuas escaramuzas a través de la niebla. En Novastoshnah la hay casi siempre, excepción hecha de las raras ocasiones en que brilla por un momento el sol y hace que aparezca todo como cuajado de perlas y matizado con los colores del iris.

En medio de ese barullo había nacido Kotick, el pequeñuelo de Matkah, y era todo cabeza y hombros, con ojos claros, de un azul de agua, como corresponde que sean los de las focas

pequeñas; pero algo había en su piel que era causa de que su madre lo mirara con profunda atención.

-¡Gancho de Mar -dijo al fin-, nuestro hijo va a ser blanco!

-¡Caracoles! -refunfuñó aquél-. Nunca se ha visto en el mundo cosa tan rara. ¡Una foca blanca! -Pues no sé que decirte: ahora se verá.

Y comenzó a cantar en voz baja y berreante la canción de las focas, que todas las que son madres cantan a sus hijos:

No nades nunca hasta las seis semanas
si no quieres hundirte sin remedio;
tormentas estivales y cetáceos
son un peligro cierto.

Son peligrosos, ratoncillo mío,
muy peligrosos para el que es pequeño;
pero báñate, y crece, y hazte fuerte...
y no tengas ya miedo, y atrévete ya entonces,
¡hijo del mar inmenso!

Por supuesto que el chiquitín no entendía, al principio, aquellas palabras. Chapoteaba en el agua, o andaba a gatas por el suelo al lado de su madre, e iba aprendiendo

a escaparse, tropezando más o menos, cuando veía que su padre se peleaba con otra foca y ambos rodaban con feroces bramidos por encima de las resbaladizas rocas. Matkah solía ir al mar a buscar comida, y el pequeñín no se alimentaba más que una sola vez cada dos días; pero entonces comía cuanto le era posible, y así iba creciendo.

Lo primero que hizo fue ir gateando tierra adentro, y allí encontró miles y miles de pequeñuelos de su misma edad, jugando todos como cachorrillos, durmiendo sobre la limpia arena y jugando de nuevo después. La gente vieja, en los viveros, no hacía caso de ellos, y los *holluschickie* no se movían de su propio terreno, con lo cual los chiquitines podían jugar a sus anchas.

Al volver Matkah de su pesca en alta mar, íbase en dirección al sitio en que tales juegos se verificaban y, balando como la oveja que llama a su corderillo, esperaba hasta que otro balido de Kotick le contestara. Entonces, íbase hacia él en línea recta, tan recta que no podía serlo más, abriéndose paso con las aletas de sus patas delanteras, dando golpes y revolcando por el suelo, a derecha e izquierda, a toda la chiquillería aquella que le estorbaba. Siempre había algunos centenares de madres que iban en busca de sus hijos, a través del sitio destinado a jugar, y así puede decirse que los pequeñuelos tenían allí una vida muy animada, muy movida; pero, como le dijo Matkah a Kotick: -Mientras no te eches en el fango y cojas sarna; mientras no vayas a restregarte alguna cortadura o arañazo contra la dura arena; y mientras, finalmente, no se te ocurra nadar cuando la mar está picada, nada puede dañarte aquí en lo más mínimo-.

Cuando las focas son pequeñas no saben nadar, lo propio que les ocurre a los niños; pero no están contentas

hasta que aprenden. La primera vez que Kotick se echó al mar vino una ola y se lo llevó adonde había mucha más profundidad de lo que era conveniente para él, y su gruesa cabeza se hundió, al paso que sus pequeñas aletas posteriores fuéronse en alto por encima del agua, exactamente como le había dicho que sucedería su madre, al cantarle la canción que hemos

copiado; y gracias que otra ola lo recogió lanzándolo de nuevo a la playa, pues, de no ser así, se hubiera ahogado.

Aprendió, después de esto, a estarse tendido en un charco de la playa y esperar que las oleadas lo cubrieran y lo levantaran mientras él chapoteaba; pero siempre anduvo ya alerta para el caso que vinieran olas muy grandes, de las que pueden hacer daño. Dos semanas estuvo aprendiendo el modo de usar sus aletas y durante todo este tiempo entraba y salía del agua deslizándose, y tosía, gruñía, se arrastraba por la playa y dormitaba sobre la arena, hasta que luego volvía a las andadas. Así se convenció de que el agua era verdaderamente su elemento.

Entonces, bien podéis imaginaros lo que se divertiría con sus compañeros, dando chapuzones para pasar por debajo de las olas, o llegando a la playa sobre la cresta de una de ellas y cayendo con sordo ruido, resoplando para no ahogarse, mientras la enorme ola subía como un torbellino por la arena; o alzándose sobre la cola y rascándose la cabeza, como veía él que la gente madura hacía; o jugando a «yo soy el Rey del castillo»[1], sobre las resbaladizas rocas, llenas de vegetaciones, que asomaban a flor de agua. De vez en cuando veía una delgada aleta semejante a la de un enorme tiburón que iba costeando, costeando y como no se le ocultaba que aquello era el Cetáceo Carnicero, el delfín, que se come a las focas pequeñas cuando puede apoderarse de ellas, Kotick se iba como una flecha hacia la playa, y la aleta se alejaba bailando lentamente sobre el agua como si nada hubiera ido a buscar por allí.

Hacia fines de octubre comenzaron las focas a abandonar la isla de San Pablo para internarse en alta mar, yendo reunidas en familias y tribus, cesando en sus peleas por culpa de los viveros, y los *holluschickie* podían ya jugar en todas partes donde se les antojara: -Para el año que viene -dijo Matkah a Kotick- tú también serás un *holluschickie*, pero este año tienes aún que aprender cómo se cazan los peces».

Partieron juntos, pues, atravesando el Pacífico, y Matkah le enseñó a Kotick a dormir de espalda, con las aletas pegadas a los lados y la naricita asomándose a flor del agua. No hay cuna tan cómoda como resulta serlo el continuado balanceo de las olas en el mar Pacífico. Cuando Kotick comenzó a sentir en la piel cierto hormigueo, Matkah le dijo que entonces empezaba a experimentar la sensación del agua, y que esos hormigueos y pinchazos en la piel anunciaban mal tiempo, por lo cual había que darse prisa en nadar y alejarse.

-Dentro de poco -le advirtió-, también sabrás hacia dónde has de dirigirte cuando nades; pero, por ahora, seguiremos al cerdo marino, a la marsopa, que sabe mucho. -Toda una escuela de marsopas se agitaba por allí, chapuzándose en el agua, dando carreras de un lado para otro, y Kotick las siguió con toda la velocidad que le fue posible.

-¿Cómo os arregláis para saber hacia dónde tenéis que dirigiros? -preguntó anhelante.

Movió los blancos ojos, mirando a todas partes, la directora de la escuela y se lanzó de cabeza bajo el agua. -Siento hormigueos en la cola, muchacho -le contestó-. Significa esto que detrás de mí viene un temporal. ¡Vámonos! Cuando uno se halla al sur del mar

Pegajoso (quería decir el Ecuador) y nota picazón en la cola, es anuncio de que te viene de frente el temporal y hay que dirigirse hacia el Norte. ¡Ven! La mar está aquí muy picada.

Fue ésta una de las muchas cosas que Kotick aprendió, y el aprender era en él tarea constante. Matkah le enseñó a perseguir los bacalaos y las platijas a lo largo de los bancos de arena y a arrancar el esperinque de sus agujeros cubiertos de hierba; cómo ir bordeando los restos de naufragios medio enterrados en cien brazas bajo el agua, y lanzarse con la rapidez de una bala entrando por una de las portas y saliendo por la otra, según hacen los peces; cómo sostenerse sobre la cresta de las olas cuando los rayos cruzaban el espacio, y saludar cortésmente al albatros, de corta y ancha cola, o al halcón, el navío de guerra, al verlos pasar

[1] Juego infantil, muy popular en Inglaterra.

Librodot

por los aires siguiendo la dirección del viento; cómo saltar fuera del agua a la altura de tres o cuatro pies, a la manera de los delfines, apretadas a los lados las aletas, y encorvada la cola...

Enseñóle también a dejar tranquilos a los peces voladores, porque no tiene más que espinas: a arrancar de un bocado un pedazo de espalda a un bacalao corriendo a toda velocidad, a diez brazas bajo la superficie del mar, y a no pararse nunca a mirar un bote o un buque, pero principalmente ningún barco de remos. Al cabo de seis meses, lo que Kotick no sabía sobre la pesca en alta mar era porque no valía la pena de saberse y durante todo este tiempo nunca sus aletas tocaron tierra seca.

Un día, sin embargo, mientras estaba dormitando en el agua, tibia entonces, en un sitio cercano a la isla de Juan Fernández, sintió una dejadez en el cuerpo y un mareo como los que suelen tener las personas al llegar la primavera, y viniéronle a la memoria las dulces y seguras playas de Novastoshnah, a siete mil millas de distancia;

los juegos de sus compañeros; el olor de las plantas marinas; el bramar de las focas y las continuas luchas. En aquel mismo instante hizo rumbo hacia el Norte, nadando pausadamente, y a poco hallóse con bastantes docenas de compañeros que llevaban también la misma dirección.

-¡Salud, Kotick! -le dijeron-. Este años somos todos *holluschickie*, y podemos bailar la danza del fuego en las rompientes frente a Lukannon, y jugar sobre la hierba. Pero ¿de dónde has sacado esa piel?

Era ahora la piel de Kotick casi completamente blanca y, aunque se sintiera orgulloso de ella, no contestó más que:

-¡Nadad aprisa! Los huesos me duelen y deseo llegar a tierra.

Y así fuéronse todos a las playas en que habían nacido, y oyeron a sus padres, las focas viejas, peleándose entre la niebla.

Aquella noche Kotick bailó la danza del fuego con las focas que contaban un año de edad. En todo el espacio que medía entre Novastoshnah y Lukannon el mar está lleno de fuego en las noches de verano, y cada foca deja en pos de sí una estela como de aceite hirviendo, lanza flamígeros chispazos al saltar en el agua, y las olas rompen unas contra otras en grandes, fosforescentes rayas y remolinos. Después fuéronse tierra adentro, hacia el sitio reservado a los *holluschickie*, revolcáronse en el recién nacido trigo silvestre, y refirieron cuentos de lo que habían hecho durante el tiempo de su estancia en el mar. Hablaban del bosque en que han estado jugando y cogiendo los frutos de los árboles, y si alguien hubiera podido oírlos, con los datos por ellos suministrados habría podido trazar un mapa tan detallado como jamás hubo otro alguno. Los *holluschickie* de tres y cuatro años de edad se precipitaron desde la colina de Hutchinson gritando:

-¡Largo de ahí, muchachos! El mar es hondo y no sabéis aún todo lo que guarda. Esperad hasta que hayáis doblado el Cabo. ¡Ja, ja...! ¡Chiquitín! ¿Dónde te has encontrado esa piel tan blanca?

-No la he encontrado en ninguna parte --dijo Kotick-. Ha crecido sola. -Y cuando se preparaba ya a darle un revolcón al que acababa de hablar, dos hombres de negro cabello y rojas caras aplastadas salieron de detrás de una duna, y Kotick, que nunca había visto a un hombre, tosió y bajó la cabeza. Los *holluschickie* se replegaron formando un pelotón a algunos metros de distancia y quedáronse quietos mirando con aire estúpido. Los dos hombres eran nada menos que Kerick Booterin, el jefe de los cazadores de focas de la isla, y Patalamon, su hijo. Venían de la aldea situada a cosa de media legua del vivero de focas, y estaban discutiendo cuáles escogerían para llevárselas al matadero (porque las focas se dejan llevar como corderos) y convertirlas, más tarde, en abrigos de piel de los que usan las señoras.

-¡Oh! ¡Mira, mira! -dijo Patalamon-. Hay una foca blanca.

Kerick Booterin palideció hasta quedarse completamente blanco él también, bajo la capa de aceite y humo de que iba cubierto, porque era un aleuta y los habitantes de la isla Aleutas no se distinguen por la limpieza. Después comenzó a murmurar una oración.

-No la toques, Patalamon -dijo-. No se ha visto una foca blanca desde... desde mi nacimiento acá. Tal vez es el alma del viejo Zaharrof que ha tomado esa forma. Desapareció el año pasado en medio de aquella horrorosa tempestad que hubo.

-No, no me acerco a ella -contestó Patalamon-. Es de mal agüero. ¿Te parece que será verdaderamente el alma del viejo Zaharrof que vuelve del otro mundo? Yo le debo algunos huevos de gaviota.

-No la mires -dijo Kerick-. Llévate ese rebaño de las de cuatro años. Nuestros hombres debieran desollar hoy doscientas, pero estamos a principios de temporada y les falta práctica. Con cien bastará. ¡Despacha!

Hizo sonar Patalamon un par de omóplatos de foca, dándole al uno contra el otro, enfrente de la manada de *holluschickie*, y quedáronse todos quietos como muertos

y soplando fuertemente. Adelantó entonces algunos pasos, y las focas comenzaron a moverse, y Kerick fue guiándolas tierra adentro, sin que intentaran volverse atrás para reunirse con sus compañeras. En número de centenares de miles viéronlas las otras focas alejarse conducidas por el hombre; pero siguieron jugando como si tal cosa. Sólo Kotick hizo algunas preguntas, a las que nadie supo qué contestar, como no fuera que, cada año, se llevaban los hombres algunas focas de aquel modo, por espacio de seis semanas o de dos meses.

-Pues yo me voy detrás -dijo y los ojos se le saltaban casi, siguiendo la pista del rebaño.

-La foca blanca nos sigue -gritó Patalamon-. Ésta es la primera vez que una foca ha venido al matadero por sí sola.

-¡Chist! ¡No mires hacia atrás! -dijo Kerick-. No hay duda de que es el alma de Zaharrof. Tengo que hablarle de esto al sacerdote.

La distancia que mediaba hasta llegar al matadero no era más que de unos ochocientos metros; pero tardóse una hora en recorrerla, porque bien sabía Kerich que si las focas iban demasiado aprisa se acalorarían más de lo conveniente, y luego, al desollarlas, la piel saldría a pedazos. Así pues, fueron muy despacio, pasando por la garganta del León Marino y por la Casa de de Webster, hasta que llegaron a la Casa de la Sal, completamente fuera del alcance de las miradas de las focas que en la playa quedaban. Kotick iba siguiendo anhelante y pasmado de cuanto veía. Creyó hallarse en el fin del mundo, pero los bramidos que se oían detrás de él, procedentes de los viveros de las focas, resonaban con tanta fuerza como el estruendo de un tren al pasar por un túnel. Kerick sentóse sobre el musgo, sacó un pesado reloj de peltre, y dejó que el rebaño se enfriara algo por espacio de media hora, durante la cual podía oír Kotick cómo iban cayendo de la gorra de aquel hombre gotas del agua que la niebla había dejado en ella. Luego, diez o doce hombres más, cada uno armando de una cachiporra recubierta de hierro y midiendo cosa de un metro de largo, llegaron, y Kerick les señaló un par de focas del rebaño que habían sido mordidas por sus compañeras, o que no se habían enfriado bastante, por lo que los hombres las apartaron del rebaño, dándoles puntapiés con sus pesadas botas, hechas de piel de morsa. Entonces dijo:

-¡Ahora!

Inmediatamente comenzaron los hombres a dar golpes en la cabeza a las focas, con toda la rapidez posible.

Diez minutos después, Kotick no pudo ya reconocer a las que fueron sus compañeras, pues sus pieles habían sido arrancadas, desde el hocico hasta las aletas posteriores, secadas y puestas sobre el suelo en un gran montón. No quiso ver más. Volvióse Kotick en redondo y galopó hacia el mar (porque una foca puede galopar muy velozmente durante breve rato), erizados por el terror sus nacientes bigotes. En la Garganta del León Marino, donde esos

animales descansan junto al sitio hasta donde llega la resaca, lanzóse de cabeza, aletas en alto, en el agua fresca, y allí se balanceó, suspirando tristemente.

-¿Quién anda ahí?-gruñó un león de mar, porque éstos no suelen gustar de más sociedad que la de sus iguales.

-¡Scoochnie! ¡Ochen scoochnie! (Estoy solo, muy solo!) -dijo Kotick-. ¡Están matando a todos los holluschickie en todas las playas!

El león marino volvió la cabeza en dirección a tierra.

-¡Qué disparate! -dijo-. ¿No oyes a tus amigos alborotando como de costumbre? De fijo que habrás visto a ese viejo de Kerick despachando una manada. Treinta años ha que no hace otra cosa.

-¡Eso es horrible! -dijo Kotick nadando hacia atrás en el momento en que quedaba cubierto por una ola y afirmando el cuerpo por medio de un movimiento en espiral de sus aletas, que lo levantó completamente erguido y a tres pulgadas de distancia del borde dentado de una roca.

-¡Bien! ¡No lo has hecho mal para tu edad! -dijo el león marino, que era buen juez en materia de natación. Y luego añadió-: Supongo que debe ser horrible para ti, juzgando lo que ocurre según tu criterio; pero si vosotras las focas os empeñáis en venir aquí año tras año, es natural que los hombres se enteren, y como no lleguéis a encontrar una isla a la cual ellos no vayan nunca, siempre os veréis perseguidas.

-¿Y no hay ninguna isla de esta clase?

-He perseguido al *poltoos* (la platija) por espacio de veinte años, y no puedo decir aún que haya hallado una isla así. Pero, mira... (ya que observo que te gusta conversar con tus superiores), podrías ir al islote del caballo Marino y hablar a Sea Vitch. Tal vez él sepa algo. Y no salgas disparado de ese modo. De aquí a allá hay seis millas, y antes de nadar tan largo trecho, si yo fuera tú, echaría un sueñecito, chiquitín.

Parecióle bien el consejo a Kotck, y así nadó hasta su propia playa, saltó a tierra y durmió, por espacio de media hora, con estremecimientos en todo el cuerpo, como suelen hacer las focas. Después salió en dirección al islote del Caballo Marino, pedazo de isla, pequeño y lleno de

rocas, situado casi al noreste de Novastoshnah, sembrado de picos y de nidos de gaviotas, donde las morsas solían reunirse sin más compañía que la propia.

Saltó a tierra junto al viejo Sea Vitch, el enorme, feo, hinchado, granujiento caballo marino del Norte del Pacífico, ancho de cuello, de largos colmillos, sin más modales que los que tiene cuando duerme... que es lo que hacía entonces, con las aletas posteriores mitad fuera y mitad dentro del agua.

-¡Despiértate! -le dijo Kotick, casi ladrando, para que lo oyera, porque las gaviotas metían gran ruido.

-¡Ah! ¡Oh...! ¿Qué..? ¿Qué hay? -dijo Sea Vitch, y le pegó a la morsa que tenía al lado un golpe con los colmillos despertándola, y aquélla otro a la más próxima, y así fueron siguiendo, hasta estar todas despiertas y mirando fijamente en todas direcciones, excepto en la que debían.

-¡Je, je! Soy yo -dijo Kotick agitándose en la orilla, donde ofrecía todo el aspecto de una diminuta babosa blanca.

-¡Vaya! ¡Que me desuellen vivo si...! -exclamó Sea Vitch, y en seguida comenzaron todos a mirar a Kotick como puede imaginarse uno que los soñolientos viejos, socios de algún casino, mirarían a un niño que cayera entre ellos. En cuanto oyó lo de desollar, no quiso Kotick que le hablaran más de esto, pues bien harto de ver desollar estaba, y así empezó a decir a gritos:

-¿No hay ningún sitio adonde puedan ir las focas, sin peligro de encontrarse con hombres?

-Anda a buscarlo tú -dijo Sea Vitch cerrando los ojos-. ¡Márchate, que bastante tenemos aquí que hacer! Dio Kotick un salto en el aire, al estilo de los delfines, y púsose a gritar a plenos pulmones:

-¡Zampaostras! ¡Zampaostras!

Estaba él enterado de que Sea Vitch no había cogido

un pez en toda su vida, sino que se limitaba a hozar buscando ostras y plantas marinas, aunque se las echara de terrible, pretendiendo ser lo contrario de lo que era. Naturalmente, sucedió entonces que los chikies, los gooveroóskies y los cpatkas, las gaviotas de todas clases y los mergos, que están siempre en acecho de cuantas ocasiones puedan presentárseles para mostrar su mala educación, hicieron coro repitiendo aquellas palabras, y (al menos así me lo contó Limmershin) por espacio de cinco minutos no hubiera podido oírse el disparo de una escopeta en todo el islote del Caballo Marino. Cuantos en él vivían gritaban a voz en cuello:

-Zampaostras! ¡Stareek! (viejo).

Entretanto Sea Vitch se movía de un lado a otro refunfuñando y tosiendo.

-Está bien, está bien..., pregúntale a la Vaca Marina. -¿Y cómo conoceré a la vaca Marina cuando la encuentre? --dijo Kotick, marchándose ya.

-Es lo más feo de cuanto vive en el mar después de Sea Vitch -gritó una gaviota deslizándose ante las mismas barbas de éste...-, lo más feo y de peores modales. ¡Stareek!

Nadó otra vez Kotick hacia Novastoshnah dejando a las gaviotas gritar cuanto quisieran. Llegado allí, vio que nadie tomaba el menor interés en sus tentativas para descubrir un sitio donde pudieran vivir tranquilamente las focas. Dijéronle que siempre los hombres se habían llevado con ellos a los *holluschickie,* que esto formaba parte de su diaria labor, y que si no quería ver cosas desagradables, no tenía para qué haber ido al matadero. Pero ninguna de las otras focas había visto las matanzas aquellas, y en el no haberlo visto estribaba la diferencia entre él y sus compañeras. Además, Kotick era una foca blanca.

-Lo que has de hacer -dijo Gancho del Mar

después de haber oído el relato de las aventuras de su hijo- es crecer, convertirte en una foca tan grande como tu padre y tener un vivero en la playa: verás, entonces, como te dejan en paz. De aquí a cinco años debieras hallarte ya en disposición de luchar y defenderte solo. Hasta la amable Markah, su madre, le dijo:

-No podrás evitar nunca esas matanzas. Anda y vete a jugar en el mar, Kotick.-Y, efectivamente, fuese y bailó la danza del fuego, pero con el corazón muy oprimido por la tristeza.

Abandonó la playa aquel otoño tan pronto como pudo, y púsose en marcha completamente solo, porque en su cabecita bullía una idea. Iba en busca de la Vaca Marina, si era verdad que existía en el mar semejante personaje, y hallaría después una isla tranquila, rodeada de playas seguras donde pudieran vivir las focas sin que los hombres llegaran hasta ellas. Con tal motivo exploró uno y otro día desde el norte al sur del Pacífico, llegando a nadar hasta trescientas millas en el espacio de veinticuatro horas. Es imposible referir sus innumerables aventuras, pero bastará decir que estuvo a punto de ser devorado por los tiburones y por el pez martillo, tropezando con todos los más peligrosos malhechores que vagan por los mares, con enormes e inofensivos peces, y con las conchas manchadas de color escarlata que están como ancladas en un mismo sitio por centenares de años y en ello cifran todo su orgullo. A quien nunca encontró fue a la Vaca Marina, ni tampoco una isla como la que él soñaba. Cuando la playa era excelente, dura, con su poco de declive, tierra adentro, para que las focas pudieran jugar en él, siempre se divisaba en el horizonte la columna de humo de un ballenero que estaba hirviendo grasa, y Kotick sabía lo que eso significaba. O bien notaba claras huellas de que en la isla había habido focas, que fueron muertas por los hombres, y

donde éstos habían puesto una vez los pies, pensaba él, bien podían ponerlos dos.

Juntóse con una vieja albatros que le dijo que la isla de Kerguelen era el mejor sitio para vivir en paz y tranquilidad, y cuando se dirigió Kotick hacia allí, por poco queda hecho pedazos contra la negra y acantilada costa, en una fuerte tormenta de granizo acompañada de rayos y truenos. Y, no obstante, luchando contra el viento, pude ver que hasta allí había habido, tiempo atrás, un vivero de focas. Lo mismo ocurría en cuantas islas visitó.

Limmershin díjome los nombres de todas y formaban larga lista, porque, según él afirmó, pasóse Kotick cinco estaciones explorando continuamente, a excepción de un descanso anual de cuatro meses en Novastoshnah, durante el cual solían los holluschickie burlarse de él y de sus islas imaginarias. Estuvo en Galápagos, en el Ecuador, sitio horrorosamente seco donde le pareció que le cocían vivo; fue a las islas Georgias, a las Orcadas, a la isla de la Esmeralda, a la del Ruiseñor, a la de Gough, a la de Bouvet, a la de Crossets y hasta una isleta del tamaño de una mancha que existe al sur del cabo de Buena Esperanza. Pero en todas partes le dijeron lo mismo. En tiempos inmemoriales las focas habían ido a aquellas islas, siendo perseguidas y exterminadas por los hombres. Hasta un día en que se alejó del Pacífico algunos miles de millas y llegó a un sitio llamado Cabo Corrientes (y esto fue cuando volvía de la isla de Gough), hallóse con algunos centenares de focas sarnosas que estaban descansando en una roca, y le dijeron que también allí iban los hombres.

Entristecióle esto tan profundamente que hizo rumbo hacia el Cabo para volver a sus propias playas, y por el camino abordó a una isla llena de verdes árboles, donde halló una foca vieja, muy vieja, moribunda, para la cual buscó algunos peces, contándole después todas

sus penas. -Ahora -dijo Kotick-, vuelvo a Novastoshnah, y si me llevan al matadero con los holluschickie, poco me importa ya.

-Prueba otra vez -contestóle la foca vieja-. Yo soy la última de la perdida tribu de Masafuera, y, en los tiempos en que los hombres solían matarnos a centenares de miles, referíase en las playas la conseja de que algún día una foca blanca, venida del Norte, llevaría al pueblo de las focas a un lugar tranquilo. Vieja soy y no he de ver ya ese día; pero otras lo verán. Prueba una vez más.

Retorcióse Kotick los bigotes (que los tenía muy hermosos), y dijo:

-Yo soy la única foca blanca que ha nacido en playa alguna, y soy también la única blanca o negra, que ha pensado en descubrir nuevas islas.

Animóle muchísimo este encuentro, y aquel verano, cuando volvió a Novastoshnah, rogóle Matkah, su madre, que se casara y viviera tranquilo, porque no era ya un

holluschickie, sino todo un Gancho de Mar, hecho y derecho, con su blanca melena rizada sobre la espalda, y tan espesa, larga y de feroz aspecto como la de su padre.

-Dame una temporada más de espera -dijo él-. Acuérdate, madre, de que siempre es la séptima ola la que más lejos llega a la playa.

Dio la casualidad de que había otra foca que también pensó en aplazar el casarse hasta el año próximo, y Kotick bailó con ella la danza del fuego, en toda la extensión de la playa de Lukannon, la noche antes de partir para el último de sus viajes exploradores.

Dirigióse esta vez hacia el oeste porque acababa de descubrir el rastro de un gran número de platijas que tal rumbo llevaban, y él necesitaba, por lo menos, un centenar de libras de pescado para mantenerse en buena salud. Persiguiólas hasta cansarse, y entonces, enroscóse y se durmió en uno de los hoyos que deja en la tierra la resaca, en dirección a la isla del Cobre.

Conocía perfectamente aquella costa, y así, hacia medianoche, al sentirse caer blandamente sobre un lecho de plantas marinas exclamó:

-¡Huy! La marea sube muy rápida esta noche. -Y dando media vuelta bajo el agua, abrió los ojos calmosamente y se desperezó. Pero, de pronto, brincó como un gato, porque acababa de ver algo enorme que iba olfateando por encima de los bajíos y engulléndose grandes flecos de algas.

-¡Por las olas del estrecho de Magallanes...! -dijo entre sí-. ¿Quiénes son esas gentes?

No se parecían ni a los caballos marinos, ni a los leones, ni a los osos de mar, ni a las focas, ballenas, tiburones, peces o conchas que Kotick estaba acostumbrado a ver. Tenían de seis a nueve metros de largo y carecían de aletas posteriores; pero poseían, en cambio, una cola en forma de pala, que no parecía sino que había sido recortada de un pedazo de cuero mojado. Su cabeza ofrecía el más marcado aire de estupidez que puede imaginarse y balanceaban el cuerpo en el agua, sobre el extremo de la cola, cuando no comían, saludándose unos con otros con gran solemnidad y agitando sus aletas delanteras como hombres muy gruesos que movieran los brazos.

-¡Ejem! -dijo Kotick-. ¿Pinta bien la suerte, caballeros? -Y aquellos seres enormes contestaron saludando y agitando las aletas, a la manera de lo que hacía *Frog-Footman*[2]. Cuando volvieron a comer notó Kotick que tenían el labio superior partido en dos pedazos, que podían separar uno de otro a cosa de medio metro de distancia, y volverlos a juntar después, sosteniendo entre ambos pedazos más de media fanega de algas. Metíanlas en la boca y las mascaban con toda solemnidad.

-Sucio modo de comer es ése -exclamó Kotick. Y como le saludaron nuevamente, comenzó a perder ya la paciencia.

-¡Bueno! -dijo-. Sí, por lo visto, tenéis en las aletas delanteras una articulación más que los otros, no por eso habéis de estarlo demostrando de ese modo. Ya veo que saludáis con muchísima gracia, pero preferiría que me dijerais cómo os llamáis.

Los labios partidos moviéronse y se separaron, los vítreos y verdes ojos miraron fijamente; pero sus dueños no dijeron una palabra.

-¡Vaya! -prosiguió Kotick-, vosotros sois la única gente que he encontrado más feos que Sea Vitch... y más maleducados aún que él.

Vínosele entonces a la memoria, con la rapidez de un relámpago, lo que le había dicho la gaviota en la isla del Caballo Marino cuando no tenía más que un año, y dejóse caer de espalda en el agua, contento porque veía claramente que acababa de hallar, por fin, a la Vaca Marina. Continuaron éstas (porque realmente lo eran) buscando algas y mascándolas, como queda dicho, y, entretanto, fue Kotick haciéndoles preguntas en cada uno de los idiomas que había aprendido en sus viajes, que no eran pocos, pues el pueblo de los Mares usa casi tantos lenguajes como los seres humanos. Pero las vacas marinas no hablan, y así no le contestaron. Tienen únicamente seis huesos en el cuello en vez de siete, y las gentes del mundo submarino dicen que esto les impide hablar hasta a los de su misma clase. Sin embargo, como hemos dicho anteriormente, poseen una articulación de más en sus aletas delanteras, y, moviéndolas de arriba abajo y de un lado a otro, forman así una especie de torpe clave telegráfica que les sirve para entenderse.

Al clarear el día pudo verse que la melena de Kotick estaba completamente erizada. En cuanto a su paciencia había ido ya a parar adonde van los cangrejos que mueren. De pronto, las vacas marinas comenzaron a hacer rumbo hacia el norte con gran clama, parándose a trechos para verificar absurdos conciliábulos en que no hacían más que saludarse de cuando en cuando, y Kotick las siguió, diciéndose:

-Gente tan estúpida como ésta hace mucho tiempo que hubiera sido ya exterminada, a no haber hallado alguna isla en que pudiera vivir sin cuidado, y lo que es bastante bueno para la vaca marina, lo es también para Gancho de Mar. Sea como fuere, ojalá que despacharan de una vez.

Era aquello para Kotick pesadísimo trabajo. La manada no recorría más de cuarenta o cincuenta millas cada día, se paraba de noche para comer y tenía buen cuidado de no

[2] Personaje del libro Alicia en el País de las Maravillas.

apartarse mucho de la playa, al paso que Kotick nadaba en torno suyo, y por encima, y por debajo, sin que lograra hacerles ir ni media milla más aprisa.

Al alejarse más hacia el Norte volvieron a tener otros de sus conciliábulos, con intervalos de unas cuantas horas, y Kotick se arrancaba casi los bigotes de tanto mordérselos con impaciencia, hasta que, al fin, vio que remontaban una corriente de agua tibia, y entonces sintió por aquellos seres algo más de respeto.

Una noche hundiéronse a través del agua reluciente (raro modo de hundirse como si fueran piedras), y, por primera vez desde que él las había conocido, comenzaron a nadar con gran rapidez. Siguiólas Kotick y tanta celeridad le dejó pasmado, porque nunca pudo ocurrírsele la idea de que una vaca marina fuera tan excelente nadadora. Dirigiéronse a un sitio acantilado de la costa, que se hundía en el agua, y se zambulleron en un agujero que había al pie, a veinte brazas bajo el nivel del mar. Metiéronse por un oscuro túnel, y Kotick, que las siguió, se ahogaba, por falta de aire fresco que respirar, después de tanto rato de estar nadando.

-¡Por vida de...! -exclamó dando boqueadas y resoplando al salir, por el lado opuesto, al mar abierto y libre-. ¡El chapuzón ha sido largo, pero valía la pena de soportarlo!

Habíanse separado unas de otras las vacas marinas, y comían perezosamente a la orilla de las más hermosas playas que Kotick viera en su vida. Había allí grandes extensiones de roca viva, desgastada, pulida, que se prolongaban durante millas enteras, lo más apropiadas que podía imaginarse para viveros de focas; otras formadas de dura arena, detrás de las primeras, y en declive que miraba tierra adentro, buenas para jugar en ellas; y rompientes para bailar las focas sobre el agua; y blanda hierba para revolcarse; y dunas para trepar por la arena, descendiendo luego; y, sobre todo, Kotick conoció con sólo tocar el agua, que nunca engaña a un verdadero Gancho de Mar, lo más importante: que jamás el hombre había llegado hasta allí.

Su primer cuidado fue asegurarse de que la pesca podía hacerse en buenas condiciones, y luego nadó bordeando la orilla, y contó los deliciosos, bajos islotes de arena, medio escondidos en la pintoresca y rastrera niebla. A lo lejos, hacia el Norte, veíase una línea de bancos de arena, de escollos y de rocas que no hubieran dejado a ningún barco acercarse a menos de seis millas de la playa, y entre las islas y la tierra firme había un profundo canal que llegaba a tocar los acantilados perpendiculares de la costa, debajo de los cuales se abría la boca del túnel.

-Esto es un segundo Novastoshnah -dijo Kotickpero diez veces mejor que el primero. La Vaca Marina debe ser mucho más lista de lo que yo creía. Por los cantiles no podrían bajar los hombres aunque los hubiera, y los escollos del lado que mira al mar harían pronto de cualquier barco un montón de astillas. Si hay rincón seguro, indudablemente es éste.

Acordóse de la foca que había dejado esperándole; pero aunque por ello quisiera apresurarse a volver a Novastoshnah, exploró detenidamente aquel nuevo país, a fin de poder contestar a cuantas preguntas se le hicieran. Luego zambullóse en el agua y se metió en la boca del túnel, nadando en él rápidamente hacia el sur. Sólo una vaca marina o una foca hubiera imaginado que podía existir sitio semejante, y cuando, ya lejos, volvióse para mirar hacia los acantilados, hasta el mismo Kotick se maravillaba de que hubiera estado allí.

Seis días tardó en regresar a su país, aunque distaba mucho de nadar despacio, y, al tocar a tierra por la Garganta del León Marino, a quien primero vio fue a la foca que le esperaba, y que por la alegría reflejada en los ojos de Kotick comprendió que, al fin, había éste hallado la isla deseada.

Pero los *holluschickie*, y Gancho de Mar, su propio padre, y todas las demás focas, se burlaron de él cuando les dijo lo que acababa de descubrir, contestándole así una de las focas de su misma edad.

-Muy bien está todo eso que dices, Kotick, pero hazte cargo de que el que vengas tú ahora desde quién sabe dónde y nos mandes que abandonemos este sitio es absurdo. Acuérdate de

que hemos estado luchando largo tiempo por nuestros viveros, y he aquí algo que no podrás decir tú, que has preferido pasar el tiempo buscando por esos mares.

Riéronse las otras focas al oír esto, y la foca joven movió la cabeza de derecha a izquierda. Habíase casado aquel mismo año, y dábase por ello grande importancia.

-Yo no tengo vivero que defender -contestó Kotick-. No deseo más que enseñaros un sitio donde podréis vivir tranquilos. ¿A qué estar siempre luchando?

-¡Oh! Si tratas de huir por la tangente claro está que nada tengo que añadir -dijo la foca acompañando sus palabras con una risita sarcástica.

-¿Vendrás si lucho contigo y te venzo? -dijo Kotick. Y una luz verde brilló en su mirada, porque estaba verdaderamente furioso de tener que batirse.

-Perfectamente -contestó la foca joven, con cierto descuido-. Si me vences iré contigo.

No tuvo tiempo ni de cambiar de opinión porque ya Kotick alargaba la cabeza y sus dientes se clavaban en la gordura del cuello de la foca. Después echóse hacia atrás

y arrastró a su enemiga por la playa, sacudióla, y, dándole un golpe, la revolcó por el suelo. Entonces, dirigiéndose a las focas, díjoles rugiendo:

-Durante las últimas cinco estaciones he hecho en favor vuestro cuanto he podido. Os he hallado la isla en que podréis vivir seguras, pero como no os arranquen del cuello la estúpida cabeza, no queréis creer lo que os dicen. Ahora voy a daros una lección. ¡En guardia! Contóme Limmershin que nunca en su vida (y él ve cada año diez mil focas viejas en luchas continuas), que nunca en su vida (algo corta) había visto cosa semejante a la embestida que dio Kotick contra los viveros. Arrojóse sobre el mayor de los ganchos de marque pudo hallar a su alcance, cogiólo por el pescuezo, ahogándolo casi, y lo zarandeó y golpeó de lo lindo, hasta que pidió que le perdonara la vida, tras de lo cual volvió a cogerlo para echarlo a un lado, y arremetió contra el más próximo. Y se comprende que hiciera todo esto: no se había pasado cuatro meses ayunando como las focas grandes hacían cada año; sus viajes a nado en alta mar le conservaban en excelentes condiciones, y, lo que es aún más importante, nunca se había peleado antes. Su blanca melena mostrábase erizada de coraje, llameaban sus ojos, brillaban sus grandes caninos, y, en suma, ofrecía magnífico aspecto.

Gancho de Mar, el viejo, su padre, le vio batiéndose desenfrenadamente, arrastrando por el suelo, como si fueran platijas, a focas cuyo pelo comenzaba ya a encanecer, revolcando por todos lados a las más jóvenes, y entonces dio un gran bramido y gritó:

-Será todo tonto que se quiera, pero es el mejor luchador de estas playas. ¡No te pelees con tu padre, hijo mío! ¡Lo tienes ya de tu parte!

Contestó Kotick con otro bramido, y Gancho de Mar, el viejo, andando como los patos y resoplando como una locomotora, fue a mezclarse en la lucha, mientras Matkah

y la foca que había de casarse con Kotick contemplaban agachadas, a sus hombres. La pelea fue admirable, porque las dos focas lucharon hasta que no hubo ya ninguna que osara levantar la cabeza frente a ellas, y entonces se pasearon orgullosamente de un extremo a otro de la playa, emparejadas y mugiendo.

Por la noche, cuando la aurora boreal parpadeaba lanzando vivos destellos a través de la niebla, subió Kotick a una desnuda roca y miró hacia abajo, hacia los destruidos viveros y los despedazados, sangrientos cuerpos de las focas.

-Ahora -dijo-, os he dado ya la lección que necesitabais.

-¡Por vida mía! -exclamó Gancho de Mar, el viejo enderezando el cuerpo trabajosamente, porque se hallaba por completo derrengado-, que ni el mismo Cetáceo Carnicero les hubiera causado mayor daño. ¡Hijo mío, siento orgullo al mirarte, y lo que es más, iré contigo a tu isla... si es verdad que existe!

-¡A ver, piara de cerdos marinos! ¿Quién se viene conmigo al túnel de la Vaca Marina? ¡Contestad o vuelvo a empezar! -rugió Kotick. Produjose entonces un murmullo como el suave rumor de la marea cuando sube o baja por las playas.

-Nosotras iremos contigo -dijeron miles de focas fatigadas-. Estamos dispuestas a seguir a Kotick, la Foca Blanca.

Hundió entonces Kotick la cabeza entre los hombros y cerró orgullosamente los ojos. No era ya una foca blanca, sino roja de cabeza a pies. Pero no importaba; hubiérase avergonzado de mirar, siquiera, o de tocar a una sola de sus heridas.

Al cabo de una semana él y su ejército (casi diez mil focas, entre los holluschickie y las viejas) salieron con rumbo al norte hacia el túnel de la Vaca Marina, dirigiéndolas a todas Kotick, mientras las que se quedaban en Novastoshnah les llamaban estúpidas. Pero a la primavera siguiente, cuando se encontraron todas en las pesqueras del Pacífico, las focas de Kotick contaron tales maravillas de las nuevas playas, al otro lado del túnel de la Vaca Marina, que se aumentó cada día más el número de las que abandonaban las playas de Novastoshnah.

Por supuesto, no se hicieron tales cosas de golpe, porque las focas necesitan mucho tiempo para darle vueltas a una idea en la cabeza; pero cada año eran más numerosas las que se marchaban de Novastoshnah, de Lukannon y de los otros viveros, para ir a las seguras y abrigadas playas en que Kotick pasa ahora todo el verano, creciendo, engordando y poniéndose más robusto a cada año que transcurre, mientras los holluschickie juegan en torno suyo en aquel mar que no visita ni un solo hombre.

LUKANNON

(Ésta es la gran canción que todas las focas de San Pablo cantan en alta mar cuando van de regreso a sus playas en verano. Es una especie de himno nacional muy triste.)

Hallé muy de mañana a mis amigas
(pero ¡ay! ¡qué vieja que me he vuelto ya!)
donde rugen las olas en verano
contra cien arrecifes al chocar.

Cantando a coro las oí: sus voces
la del mar sofocaban, y eran más
de un millón las que el coro de las playas
de Lukannon cantaban sin cesar.

La canción del reposo junto al lago,
de dunas en que juega un escuadrón,
de las danzas nocturnas entre el fuego
del mar, que el hombre aún no profanó.

Hallé muy de mañana a mis amigas
(a las que nunca he de encontrar ya más):
la costa ennegrecían sus legiones
de un lado yendo a otro con afán.

Y a través de la espuma, mar adentro,

desde donde la voz puede llegar,
su entrada saludábamos a gritos,
mientras iba subiendo el arenal.

¡Las Playas de Lukannon..! donde crece
la hierba que la niebla humedeció,
donde jugamos en pulidas rocas,
donde todas nacimos... ;nuestro amor!

Hoy hallé de mañana a mis amigas...
¡Deshecho el triste bando estaba ya!
Cazábanlas los hombres en el agua,
ya en tierra, golpeaban sin piedad.

Como mansos y estúpidos corderos
a morir llevaban... pero aún ¡ay!
cantamos a las playas de Lukannon...
antes que el hombre las viniera a hollar.

Parte con rumbo al Sur ¡oh, Gooverooska!
di a los reyes del mar nuestro dolor:
¡pronto estarán vacías nuestras playas
como huevo de muerto tiburón!